

particular que el nombre de Espíritu Santo se atribuye con razon á la tercera Persona, porque la palabra Espíritu quiere decir soplo, y la tercera Persona procede de las dos primeras precisamente á manera de un soplo. Sabemos tambien que el Espíritu Santo es justamente llamado consolador, porque en los males de esta vida es el único que puede consolarnos. Sabemos además que está prometido á todos, pero que no lo reciben mas que aquellos que se hacen merecedores. En fin sabemos que enseña á las almas dóciles que lo reciben; todas las cosas necesarias para la salvacion, y les recuerda con oportunidad las verdades predicadas por Nuestro Señor, ya sea para esclarecerlas ya para fortalecerlas. ¡ Qué nos resta hacer á nosotros cristianos, y qué conclusion práctica debemos sacar de todas estas verdades? Por una parte vemos que el Espíritu Santo fué prometido á todos; y por otra que tenemos necesidad que nos enseñe y recuerde oportunamente las verdades cristianas, y que no podemos salvarnos sin su ayuda; lo que debemos hacer, sin duda todos los dias, y principalmente en esta gran fiesta de Pentecostés¹, es llevar una vida que no aleje de nosotros el Es-

4. Para que nos sea provechosa esta fiesta debemos conocer, desear, atraer, escuchar, glorificar y conservar el Espíritu Santo. Cuántas cosas que reprocharnos! 1.º *Conoceis el Espíritu Santo?* no solamente lo que es en el misterio de la adorable Trinidad, sino tambien lo que puede y quiere en el mundo cristiano? ¡ No responderiais como los discípulos de Efeso: Sed neque si, etc. Act. xix 2.º — *Desearis el Espíritu Santo* con un ardor que responda á la necesidad que teneis de él y á las ventajas que obtendreis? 3.º *Atraeis al Espíritu Santo* con un santo horror del pecado, con un verdadero amor por la pureza, con vuestro recojimiento y vuestras oraciones fervientes? 4.º — *Escuchais al Espíritu Santo* cuando comunica á vuestro corazon lo que espera de vuestra fidelidad? le obedecis pronta y exactamente? 5.º — *Glorificais al Espíritu Santo* en vuestros discursos, en vuestra conducta, sin temor, sin miedo del que dirán, cuando se trata de dar testimonio á la piedad y á la religion? En fin, 6.º — *Conservais el Espíritu Santo* como vuestro tesoro único? y, con este designio ¿ os gusta la buena lectura, la palabra de Dios, la frecuentacion de los sacramentos? ¿ Evitais hasta las mas pequeñas faltas

piritu Santo, y al mismo tiempo debemos rogarle con ardor y perseverancia para que venga á esclarecernos, guiarnos fortalecernos y sostenernos en el camino de la salvacion, gracias únicamente á esta ayuda, de que necesitamos todos los dias de nuestra vida, llegaremos con seguridad al cielo. Asi sea.

DOMINGO DE PENTECOSTES

CUARTA INSTRUCCION

Nuestro Señor nos proibe temer.

I. Lo que no debe temerse. — II. Porqué no debe temerse. — III. Como observaron los apostoles esta prohibicion. — IV. Como debemos observarla nosotros mismos.

Acabais de oir, cristianos, los términos en que, la vispera de su pasion y muerte, *Nuestro Señor anunciaba* á sus apóstoles el misterio de la próxima venida del Espíritu Santo, misterio que en efecto se cumplió poco tiempo despues, y cuyo aniversario celebramos en este glorioso dia. Mas no bien les hubo hecho esta promesa, y dádoles una prenda dejándolos la paz, cuando se apresuró á indicarles la consecuencia práctica que de ella deben sacar, añadiendo: *que vuestro corazon no se turbe ni tema nada*².

que le contristarian y os pondrian en peligro de perderlo? *Qui servat mandata ejus in illo manet, et ipse in eo, et in hoc scimus quoniam manet in nobis de spiritu quem dedid nobis.* I. Joan. iii, 24. (Nouv. Plans, Paris, Gaume. 1868).

4. *No temais nada, no os turbeis.* Esta es la conclusion y el termino á que conduce todo este discurso. Consideremos las razones con que el Hijo de Dios desterró la confusion que debia ser causa de su muerte. Primeramente, si se va, es para prepararnos sitio en la casa de su Padre. Sus discípulos pueden seguirle; y diciéndoles donde va, les mues-

Pues bien, de esta prohibicion de temer me propongo ocuparos hoy. Vamos á examinar por consiguiente: primero, lo que no debe temerse; segundo, porque no debe temerse; tercero, como observaron los apóstoles esta prohibicion; y cuarto, como debemos observarla nosotros mismos.

I. *Lo que no debe temerse.* — La prohibicion de temer, que Nuestro Señor hizo á los apóstoles y en la persona de ellos á todos los cristianos y por consiguiente á nosotros mismos, no es general en absoluto. Sufre en efecto una excepcion, una sola, que el gran sacerdote judío Joab espresaba con elocuencia, cuando decia al capitán de guardias del templo :

Je crains Dieu, cher Abner, et n'ai pas d'autre crainte.
No tengo, querido Abner, otro temor que el de Dios.

Lejos de estar prohibido, el temor de Dios y de todo lo que puede ofenderle y desagradarle, nos esta prescrito al contrario, en mil lugares de la Sagrada Escritura, y recomendado como el principio de la sabiduria y de la salvacion². Ella subsiste en el cielo,

tra tambien el camino para llegar allí. Les dice donde podrán ver á su Padre, cuya vision les vasta, y con cuya posesion no tienen nada que temer ni desear. En segundo lugar, aunque se marche, no dejará de ser su protector, y podrán obtenerlo todo en su nombre. Lejos de serles perjudicial su ausencia, hará por ellos y para ellos, mas grandes cosas de las que nunca hizo. En tercer término, al abandonarlos les promete un consolador invisible, que endulzará sus penas, y gravará en sus corazones toda su doctrina. El amor que tienen por su persona hará que guarden su doctrina. En fin, no les abandonará al marcharse; volverá á ellos, y vendrá con su Padre, y harán morada en sus almas: con lo que gozarais en el fondo del corazon, (en medio de las persecuciones y tentaciones), de una paz imperturbable, de esa paz que está porcina de todo sentimiento, de toda inteligencia, de todo pensamiento. Philipp. iv, 7. Despues de esto puede concluirse: *No os turbets, no temais nada.* (Bossuet. Medit. sobre el Evang. 1. part. día 97).

1. Racine, *Athalie*. act. 1, sc. 1.

2. *Dominum Deum tuum timebis, et illi soli servies* (DEUT. VI, 13). —

y mas aun, allí es únicamente donde adquiere, su perfeccion¹ tengamos pues este temor tan justo como salvable; tengamos le tan pro-

Unus est Altissimus. Creator omnium, omnipotens et metuendus nimis (ECCL. I, 8). — *Timete Dominum, et servite ei corde perfecto atque verissimo* (Jos. xxiv, 14). — *Si non in timore Domini tenueris te instanter, cito subvertetur domus tua* (ECCL. xxvii, 4). — *Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo* (ECCL. xii, 13). — *Timenti Dominum bene erit in extremis, et in die obitus sui benedicetur* (ECCL. v, 13). — *Timor Domini delectabit cor, et dabit lætitiám, et gaudium, et longitudinem dierum* (ECCL. I, 12). — Etc., etc.

1. Por mas que Dios nos ame tiernamente, por mas que se abaje hata nosotros siempre es Dios, Jesus en la cruz es Dios. Jesus niño es Dios, Jesus Eucaristia es Dios. En todos los estados en que se pone, bajo todas las formas que toma, es el abismo infinito del ser, el único que todo lo llena, que lo contiene todo: lo inmenso, lo omnipotente, lo eterno, lo incomprendible. Su sencillez nos confunde, su gloria nos deslumbra, su soberania nos aplasta. No se puede contemplar su justicia, sin espanto, y cualquiera que emprende el considerar su santidad, se vé obligado á cubrirse el rostro. Temerle es definitivamente lo mismo que conocerlo; como verse en su presencia hasta el punto de sobrecojerse, es sencillamente estar seguro de que esta presente. Como ponerse en su presencia sino de rodillas! El apercevirlo simplemente da ganas de abismarse, de desaparecer y perderse. Y temerle así, es honrarle, es pagarle una deuda. Aunque, por otra parte nos vea mos obligados á ello, si verdaderamente nos ponemos en su presencia. Se tiembla por el miedo que inspira el terror: los demonios están condenados á él: *Dæmones credunt et contremiscunt*. Jacob. II, 19. Existe el temblor que producen, la evidencia de la majestad, el exceso de la reverencia, la profundidad del culto, y la embriaguez misma de la dileccion: los Poderes tan robustos, los tronos tan firmes le sienten en el seno de la gloria: *Iremunt Potestates*. Prefat. miss. Como veis, un tal temor habita en la gloria misma, allí donde ya no hay pecado, ni peligro de pecar, ni castigo, ni dolor. Este miedo es independiente de todo lo que hace relacion al tiempo; es el estreñecimiento de la criatura frente á lo absoluto. En esta vida, es necesariamente imperfecto este temor; mas, aun en este estado de inevitable imperfeccion, es un signo

fundo como podamos. Y, fuera de este temor, como el gran sacerdote Joab, no tengamos otro; porque los demas temores nos están prohibidos, los demas son indignos de un cristiano, los demas son más ó menos culpables, por la falta de fé y de confianza en Dios que implican.

Que vuestro corazón no se turbe, que no tema nada. Cuando el Salvador dirigió estas palabras á sus apóstoles, acababa de hablarles é iba á hablarles todavía de todo lo que puede asustar segun la carne, es decir, de las privaciones y sufrimientos que tendrían que padecer, del odio que el mundo les profesaría, de los malos tratamientos que les serían dados por los poderes públicos, en fin de las persecuciones de toda especie con que los malvados no dejarían de acosarlos. Estas son, por consecuencia las cosas que no debemos temer. Es verdad que la naturaleza se estremece con la idea sola de estos sufrimientos y otros semejantes. Mas el cristiano no juzga las cosas de este mundo por las impresiones de la naturaleza; sino por las enseñanzas y las luces de la fé. Es así que la fé nos dice que no temamos ni á los malvados ni los sufrimientos de esta vida. *No temais nada*, habia dicho ya formalmente el Salvador á sus apóstoles, á los que *quitan la vida del cuerpo, y no pueden quitar la del alma, temed antes al que puede precipitar en el infierno el alma y el cuerpo*⁴. Mas si no debemos temer la muerte misma, menos aun deberemos temer otros males naturales de la vida que son menos temibles y espantosos que la muerte. ¿Qué es, en efecto, la pérdida de las riquezas, de los honores, de nuestros parientes y amigos, la pérdida de la salud, de un miembro, comparada con la pérdida de la vida? La vida es el primero y el mayor de todos los bienes temporales; su pérdida es pues la mas grande de todas las desgracias que pueden ocurrirnos, sin

de nuestra nobleza, una sublime prenda de nuestro destino, un precioso gérmen de nuestra beatitud. Es una perfeccion para el alma y tiende á perfeccionar toda la vida. (Gay. Virtudes crist. Del temor de Dios. c. 3).

4. Matth. x, 28.

contar que al perder la vida se pierde todo lo demás. Pues bien, lo repilo, si no debemos temer la pérdida de la vida misma, con cuanta mas razon deberemos dejar de temer los otros males temporales, cuales quiera que sean!

Tampoco debemos temer los sufrimientos espirituales, la sequedad del alma y el abandono aparente de Dios. Esto es lo que tambien resulta de las circunstancias en que pronunció Nuestro Señor las palabras que explicamos: *que vuestro corazón no se turbe, que no tema nada*. Porque no hablaba entónces á sus apóstoles unicamente de los males que en esta vida tenían que sufrir, sino que les anunciaba su próxima partida y que estarían sin verle por algun tiempo. Y este alejamiento, esta desaparicion, esta privacion del divino maestro, es por consecuencia la que no debían temer tampoco los apóstoles. Tampoco debemos nosotros temer que Dios se occulte á nuestra mirada, ni parezca abandonarnos. Por penible que pareciese á los apóstoles la ausencia del divino maestro, abandonándoles en las circunstancias temibles que sabemos, les estaba

2. Cristianos, cualquiera cosa que se nos proponga, permanezcamos firmes en Jesucristo, y en las máximas del Evangelio. ¿Porqué os asustan con la pérdida de los bienes? Tertuliano dijo esta bella palabra que os ruego imprimáis en vuestra memoria: *Non admittit status fidem necessitates*: « La fé no conoce necesidades. » De cor. milit. n. 41. perderéis lo que amais; ¡acaso recosito yo poseerlo? Vuestro modo de obrar desagradará á los hombres; es preciso que yo les agrade? Será arruinada vuestra fortuna; ¡es necesario que la conserve? y aun cuando nuestra vida misma estuviese en peligro, os lo digo una vez más, la fé no conoce necesidades; ni aun es necesario que vivais, pero si es necesario que sirvais á Dios; y hágase lo que se quiera, empréndase lo que parezca, que truene, que caigan rayos, que se junte el cielo con la tierra siempre será cierto que no puede haber nunca necesidad de pecar; puesto que no hay entre los fieles mas que una necesidad que es la de no pecar; *et nulla est necessitas delinquendi quibus una est necessitas non delinquendi*. Idem. (Bossuet. Sermon de la fiesta de Pentecostés).

prescrito mantener el corazón sin tubacion; y lo mismo á nosotros, cualquiera que sea la situacion dolorosa de corazón y espíritu en que nos encontremos, y aun cuando veamos nuestra santa fé como anonadada en este mundo y triunfar el infierno, debemos permanecer inmóviles y superiores á todo temor¹.

1. Audiamus pellendum esse ab animo noxium et inutilem timorem. *Non turbetur cor vestrum, neque formidet.* Quia sicut pax anima est dilectioni, ita timor inimicus. Unde I. Joan. iv. dicitur: *Timor non est in charitate, sed perfecta charitas foras mittit timorem.* Vult nimirum Dominus noster magnanimos labere servos, quales describit Sapiens, Prov. xii: *Non contristabit iustum, quidquid ei acciderit; et Prov. xxviii: Iustus quasi leo confidens absque terrore erit.* Neminem enim leo timet, unde in aperto dormit. Ratio est primo, quia timor servilis imperfectionem continet, nimirum amorem sui et diffidentiam de Deo, Unde subdit Joannes: *Qui autem timet non est perfectus in charitate.* Secundo, quia ut ait S. Joannes, ep. cit: *Timor habet panam.* Alii tormentum, alii cruciatum vertunt. Solet dici: *Peior est bello timor ipse belli.* Ita sæpe rei supplicii addicti magis affliguntur timore et apprehensione mortis, ad quam damnati sunt, quam ipsa morte; singulis enim momentis ita anguntur, ut milles mori videantur. Tertio, quia rationem obnubilat, indeque facile in verba et signa externa prorumpit, ac defendit sæpe et laudat, quæ sunt noxia et turpia; quo modo ebrio placent incompositi sui gestus et suilli mores de quibus tamen postea sobrius erubescit. Porro recte monet Christus ut non turbetur cor; hoc est, ne timor et perturbatio sit deliberata et voluntaria, adeoque admittatur in cor. Nam indeliberata perturbaciones declinari nequeunt, nec sunt peccata. Solemus nos Germani focum extra hypococaustum habere, ne fumo molestemur. Eum in modum perturbatio si qua advenit, contineatur extra cor, ne rationem turbet. Agesilaus rex Sparta. teste Plat. in Lacon, cum podagra doloribus arderet, eumque invisisset Carneades, tristis ab eo recedens: *Mane, inquit, Carneades, nihil enim illine huc venit,* ostensis pedibus et pectore; sentiens pedes quidem dolore, animum vero non dolere. Hunc in modum, siquidem naturalis timor et perturbatio nos invadit, demus operam, ut si a mente et cogitatione excludi nequeat, in cor saltem non ascendat. Amittitur vero in cor perturbatio, cum ratio ei succumbit voluntaria, nec resistit pro viribus. Esse autem in voluntate

Esto es, por lo pronto, lo que nuestro corazón no debe temer. Veamos ahora.

nostra victoriam perturbationum, adjuvante gratia, eo ipso ostendit Dominus, quo præcipit in hodierno evangelio: *Non turbetur cor vestrum* (FABER, *Op. conc. Dom. Pentec. conc. 8, n. 5*). — *Non turbetur cor vestrum, neque formidet.* Neminis dubium esse potest, auditores, quin apostoli et qui cum eis erant fideles cæteri, usque ad Spiritus sancti adventum pusillanimes et infirmi fuerint, quod attinet ad publicam fidei protestationem, ideoque in eadem domo taciti consederint, quod adhuc metuerent in publico conversari inter Judæos sibi infensos. Id enim colligimus ex verbis illis Domini, Luc. xxiv: *Vox autem sedete in civitate, quoadusque induamini virtute* (id est fortitudine) *ex alto.* Ergo usque ad missionem Spiritus s. nondum omni timore liberi, nondum roborati ad protestandam et prædicandam fidem erant. Magnæ quidem bombardæ erant, aeneo fidei globo instructæ et onustæ, sed igne Spiritus sancti adhuc destituta. Itaque hodierno die accessit ignis, Spiritus sanctus inquam, ignea in specie, et tunc explosæ sunt bombardæ, tunc prodire foras et cæperunt loqui variis linguis, Christumque annuntiare et promulgare evangelium: auditus etiam hic sonus fuit non per urbem tantum, sed per orbem totum. Bene igitur et apposite venit super eos Spiritus sanctus cum igne et grandi sonitu, ut indicaret, nuvo expulsum esse timorem et pusillanimitatem e cordibus fidelium, quando eos tetigit ignis Spiritus sancti. Quod dixi de igne Spiritus sancti, hoc idem charitati tribuit Joannes, epist. I. cap. iv: *Perfecta charitas, inquit, foras mittit timorem,* q. d. sicut ignis applicitus bombardæ foras propellit globum, ita charitas timorem. Et quid aliud est charitas, nisi nisi ignis Spiritus sancti? Hoc ergo igne impleti hodie discipuli Christi foras misere timorem, et voce prædicationis evangelicæ quasi tonitruo quodam terruere Scribas et Phariseos, spreto illorum furore contemptisque minis. Atque hoc est, auditores, quod etiam nos docet in evangelio hodierno Dominus cum ait: *Non turbetur cor vestrum, neque formidet.* Quare dabimus operam ut etiam nos in hodierno die incensi flamma charitatis explodamus bombardas nostras, et mittamus foras omnis generis timores, inutiles et noxios. Non explicat Joannes, qualem timorem pellat charitas, sed indefinite et illimitate loquitur, unde sine dubio omnes timores intelligit, charitati adversantes. — I. Hujus-

II. *Porque no deben temerse estas cosas.* — La razon que hace que debemos temer á Dios y todo lo que le ofenda, es principal-

modi autem est timor Dei servilis, quo metu pœnæ, et gehennæ præcise, in amore Dei et virtutis servant aliqui mandata. Et hic timor bonus quidem est, imperfectus tamen, et connotat pronitatem ad peccandum, si pœnæ non essent: ideo in eo sisti non debet, sed conandum ulterius ad timorem filialem, castum et reverentialem, qui est filii, sponsæ, amici, ita ut peccare non vellemus, etiãsi impune possemus... — II. Timor mundanus qui magis timet homines, quam Deum, corporalia et temporalia damna quam spiritualia et æterna, penam quam culpam: magis timet offendere parentes, uxorem, liberos, cognatos, amicos, quam Deum, ideoque in illorum gratiam violat præcepta Dei... — III. Timor quidem humanus, qui metuit difficultates, pericula, ignominiam, derisionem, etc. quæ occurrunt in heroicis virtutum acibus; veluti cum quis non audeat dare eleemosynam, quia timet paupertatem, senium, casus sinistras; non audeat jejunare, metuens ægritudinem; non audeat publica pietatis opera peragere, quia timet hominem censuras et derisiones. De hoc Sapiens, Prov. xxxi. ait: *Dicit piger, leo est fortis, in medio platearum occidendus sum.*... — IV. Timor ut ita dicam nocturnus, quo scrupulosi metuunt formidolose non passim in suis actionibus etiã bonis Deum offendant: et quidquid in imaginationem venit, putant in mentem et consensum venisse, unde perpetua in illis carnificina. Quid hi scrupuli aliud nisi timores nocturni, de quibus monet Psalmus cx: *Non timebis a timore nocturno et a negotio perambulante in tenebris.* Timidi qui noctu ambulant, umbras transiliunt, quasi essent foveæ vel laquei: truncos pro lupis aspiciunt: sonitum foliorum fures interpretantur. Ita scrupulosi ob metum phantasie fortiter impressum peccata somniant, quæ nulla sunt, et cogitationes sibi injectas menti slatim adhesisse, labemque aspersisse putant; quia peccatum et peccati momentum duntaxat præ oculis habent, similes chameleonti, qui pro diversitate coloratarum rerum sibi oblectarum, mutat colorem, teste Piero, l. XXVII. hierogl. ob innatam animi timiditatem. Unde fit, ut sæpe peccent in rebus cum secundum se peccata non sunt, nuge sunt, propter erroneam conscientiam... — V. Timor puerilis, qui non audeat opponere se tentationibus, vim carni et concupiscentiæ ejus inferre, ideoque manus dat. Causa est non tam

mente que toda ofensa á Dios es un mal en si, y aun el mayor de todos. Por una razon opuesta, lo que hace que no debamos temer ningun sufrimiento ni ninguna de las cruces de este mudo, es que sufriendolas y soportándolas todas, no hay absolutamente ningun mal. Pongamos por ejemplo, un hombre que pierda su empleo un rico que pierda su fortuna, una madre su hijo; un trabajador que cae enfermo; un joven ó una joven á quien la calumnia ha empañado su reputacion. ¿Qué mal han hecho estas personas al ser victimas de las desgracias que les alcanzan? Ninguno, puesto que lo único que debemos temer es ofender á Dios, obrando mal; porqué habian de temer estas personas los sufrimientos que les han abrumado? Y, porqué; habriamos de temer nosotros si nos sucediesen otras iguales? Puesto que sufrir no es obrar mal; por consiguiente no temamos sufrir.

pugna et victoria difficultas, quam animi pusillanimitas, qua qui hujusmodi sunt, larvas metuunt instar pœcorum. Unde Seneca: « Non quia difficilia sunt non audemus, sed quia non audemus difficilia sunt »... — IV. Timor immoderatus, qui plus æquo sollicitus est, v. g. de victu et vestitu quotidiano, quem prohibet Dominus, Matth. v: *Nolite solliciti esse dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur?* Moderata sollicitudo de his non prohibetur, nimia et anxia vetatur... — VII. Timor insanus desperantium de salute sua. Dicunt isti cum Hebræis illis: *Iniquitates nostræ et peccata nostra supra nos sunt, et in ipsis nos tabescimus,* (q. d. nulla jam nobis proderit medicina) *quomodo ergo vivere possumus?* Ezech. xxxiii. Sed quid ad hæc Dominus: *Dic ad eos: Vivo ego, dicit Dominus, nolo mortem impij, sed ut convertatur impius a via, et vivat.*... — Omnes istos timores eijcit et excludit ignis charitatis. Ergo, auditores, si quis aliquo timore quasi æneo quodam globo gravatus et oneratus est, impetret a Spiritu sancto ignem charitatis, ut explodere tormentum suum et ejicere globum possit. Vere tormentum timor est, quia ut Apostolus, cit. loc., subdit: *Timor pœnæ habet* (S. Augustinus pro pœna legit *tormentum*.) et sæpe magis cruciat quam ipsum, quod timetur malum. Exoneremus itaque timores istos, invocato Spiritu sancto: « Veni, Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende. » (Id. *ibid.* conc. 6).

Sin embargo no debemos perder de vista la debilidad humana, que abandonada á ella, faltaria ciertamente á la lójica cristiana; Per eso Nuestro Señor nos ha proporcionado un doble remedio contra esta debilidad; porque, en primer lugar nos comunicó su paz, afin de que ella, estableciendo la tranquilidad en nosotros, podamos dominarnos y no ser presa de nuestras tumultuosas pasiones¹. Mas no es esto todo, porque Nuestro Señor no nos dejó única-

1. *Pacem relinquo vobis pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat, ego do vobis.* Hæc est Christi valedictio: Hebræi enim, cum quem advenientem salutant, vel abeunti valedicunt, aiunt: « Pax tecum: » ubi pacis nomine salutationem et appreciationem omnium rerum prosperarum, omnis boni, omnis felicitatis significant, *q. d.* Christus: Ego abiens vobis, o Apostoli, vestrisque posteris do, et quasi hereditate relinquo meam benedictionem, qua vobis omne bonum a Deo apprecor, camque non falsam, inanem et brevem, uti facit mundus, sed veram, solidam et æternam, non verbis adulando, uti faciunt mundani, sed reipsa spondens, et dans opem et gratiam, qua secure ad æterna bona pertingatis, atque alios plures ad eadem vestra predicacione, charitate, oratione et sanctitate perducat. Ita Maldonatus. — Paulo aliter Jansenius et Toletus: Pax hæc, inquit, est illa de qua Paulus, Philipp. iv. dicit: *Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu.* Continet autem pax hæc primo, amicitiam cum Deo; secundo, tranquillitatem animi et serenitatem in tentationibus et persecutionibus; tertio, mutuam inter ipsosmet concordiam. Hæc homines facit fortes in omni periculo et in omni molestia adhibet consolationem: hæc Dominus relinquit suis, non divitiis, aut temporales possessiones; super omnes enim divitiis hujus sæculi, pax eminet. — Audi S. Augustinum. *De Verbis Domini secundum Joannem*: « Non poterit ad hereditatem Domini pervenire, qui testamentum pacis noluerit observare, nec potest concordiam habere cum Christo, qui discors voluerit esse cum christiano; pax et seranitas mentis, simplicitas cordis, amoris vinculum, consortium charitatis. » — Symbolice S. Augustinus hic: « Pacem, ait, reliquit in hoc sæculo, in qua manentes hostem vincimus; pacem dabit in futuro, quando sine hasto regnauimus. Pax vobis ipse est, et cum credimus quia est, et cum videbimus cum sicuti est. Notandum vero

mente su paz, que en nosotros está el apropiarnos, nos envió además el Espíritu Santo. Lo envió á sus apóstoles, de un modo sensi-

cum dicit: Dabo, addidisse: *meam*, pacem suam volens intelligi, qualem habet ipse, in quo nihil repugnat, quia nullum habet peccatum; pax vero quam nobis reliquit, nostra potius dicanda est, quam ipsius; talem habemus pacem nunc, in qua adhuc dicamus: *Divinitè nobis debita nostra.* Est et inter nos ipsos nobis pax, invicem enim credimus et diligimus; sed nec ipsa plena est, quia cogitationes cordis invicem non videbimus. Possunt et Domini verba sic accipi, ut ejusdem sententiæ repetitio videatur (CORN. A LAP. *Comm. in Joan. xiv. 27*). — Quid significat illa pax quam relinquit et dat suis Christus? Resp. primo, ex mora salutandi Hebræorum significat omnem prosperitatem, uti II. Reg. xviii: *Estne pax puero Absalon?* Secundo, pacem et concordiam mutuam, quæ profecto perquam necessaria erat apostolis, ne inter eos orirentur dissensiones etachismata ad subversionem aliorum. Ita exponit Chrysostomus, Buthymius, Theophylactus Tertio, pacem internam animis et conscientiis bonæ, quæ illidem præclarissimum bonum est, et juge quasi convivium. Ita Aug. — Porro pacem istam dat, non quomodo mundus dat. Primo, quia mundus eam solum aptare vel precari alteri potest, Christus dare potest; ideo ait: *Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis.* Mundus dat pacem quam non habet, Christus dat pacem quam habet. Secundo, quia mundus seu mundi sectatores precantur sibi et aliis non nisi pacem transitoriam, carni et commoditatibus temporalibus servientem, doloribus et labori us carentem; Christus autem dat pacem hominibus, ut ea in Dei honorem et gloriam utantur. Tertio, quia mundus non precatur, nec curat pacem animi internam cum Deo et conscientia propria: de qua loquitur apostolus Philipp. iv: *Pax quæ exsuperat omnem sensum* (id est omnem intellectum), *custodiat corda vestra.* Pax mundi fuit illa Herodis et Pilati in perniciem Christi facta: pax mundi est illorum superiorum, qui, ut quieti vivant, patiuntur violari jura humana et divina, lupos ingredi in ovilia sua et diripere oves: pax mundi est illorum pastorum, qui ut humani, familiares et pacifici vocentur, non exerunt dentes in scelera impiorum; canes multi non valentes, vel peius non valentes latrare: pax mundi est illorum qui in unum conspirant ad opprimendum innocentem, qualis erat fratrum Josephi, qui sedentes epulabantur, ipso in cister-

ble y milagroso el día de Pentecostés, nos lo envió á nosotros, cristianos, de una manera invisible y sacramental, el día en que re-

nam detruso, militum ludentium relicto in cruce Christo (FABER, *Op. conc.* Dom. Pentec. conc. 9, n. 4). — *Os deja la paz; os doy mi paz; no os la doy como el mundo la da.* El mundo promete la paz; pero, ¿puede él darla? Todos los bienes que ofrece pueden contestarse, todos pueden dan lugar á querella. Sus favores no satisfacen á los que los pretenden y los obtienen. El que no los obtiene los desea con ardor; y el que ha adquirido algunos desearia adquirir más. Cada uno aspira á lo que vé que los demás poseen. Así es, que la paz que el mundo promete con el goze de los bienes que ostenta, no es mas que una continua lucha de envidias, de sospechas, de disputas y combates. Es una paz mentirosa que no se nos ofrece mas que para entretener con mas seguridad la agitación y las disensiones. El mundo mismo no es mas que una arena abierta en dode todos se esfuerzan mutuamente en echarse abajo; en donde cada uno se ocupa de suplantar á los demás trabajando sin cesar, ya en sustraerles con agilidad, ya en arrebatárles con violencia lo que poseen. Creéis que obteniendo lo que deseáis obtendréis la tranquilidad y no tendréis mas que Jozar ya en paz: la ilusion os alaga, y os extravía presentándoos lo que deseáis, como lo que debe ser. ¿No sentís que tenéis ya que principiar á defender lo adquirido? Y la esperiencia no nos enseña ademas, que vuestros deseos, aumentanto con los goces, ofrecerán siempre á vuestra avidéz nuevos objetos que seguir? — Qué diferencia entre esta paz del mundo, siempre esperada y nunca obtenida de la que promete y dá Jesucristo, que es al mismo tiempo la paz de la sociedad porque extingue las rivalidades, y la paz del corazon con la calma de las pasiones! Como los bienes que Dios distribuye, participando lo infinito, pueden pertenecer á todos sin detrimento de nadie. Es un tesoro de donde todos pueden sacar sin agotarlo ni que disminuya. La caridad goza con las gracias que se conceden al prójimo, como con las que recibe ella misma. La paz del justo es inalterable: no puede ser turbada, ni por la persecucion de bienes temporales que él no desea; ni por la de los espirituales, que no envidia; ni por la calumnia, que desdona; ni por las injurias, que olvida; ni por las ofensas, que perdona; ni por los intereses, que sacrifica; ni por las pretensiones, que reprime; ni por las pasio-

cibimos el sacramento de la confirmacion. Nos lo envia especialmente en este día consagrado para honrarlo, y en el que este divino espíritu se complace en ofrecerse como regocijado don de fiesta á aquellos que son dignos de recibirle.

Por último, lo envia á todos los hombres, hayan sido confirmados ó nó, siempre que lo necesiten de una manera mas urgente y lo pidan con las disposiciones adecuadas. Pues el Espíritu Santo, ya lo sabéis, es á la vez y principalmente un Espíritu de luz y un Espíritu de fuerza. Como Espíritu de luz, nos ilustra sobre nuestros deberes, y sobre los mejores medios que emplearse deben para cumplirlos: sobre los bienes y los males de esta vida y de la eternidad, y sobre el caso que debe hacerse de los unos y los otros. Como Espíritu de fuerza, nos comunica el poder de abrazar y cumplir lo que es justo y bueno, al mismo tiempo que el de rechazar y no hacer lo que es malo y culpable. Pues bien, estando, por una parte, así constituidos, por la paz de Nuestro Señor, en un estado de calma que es una condicion de sabiduria y de poder; y por la otra, estando ilustrados y fortificados por el Espíritu Santo de la manera que acabamos de decir, ¿porqué temeríamos aun, nosotros los cristianos, los males de aquí abajo que hacen temblar la naturaleza humana? que un hombre que no es cristiano tiembale con solo pensar en estos males, lo comprendo. Pero un cristiano es mas que un hombre, porque está ilustrado con luces sobrenaturales, y sostenido por una fuerza igualmente sobrenatural. Por esta razon no le está permitido temer lo que hace temblar á los que no lo son. ¿Quando se concibe que puede uno temer? Quando se encuentra colocado en presencia de una lucha, y no sabe si será vencedor ó vencido. Pero sabemos los cristianos, que si queremos, seremos vencedores en todas nuestras luchas, gracias á la paz que *Jesu Cristo* nos ha dado y al Espíritu Santo que nos ha enviado. Por

nes, que ahoga. El que está en paz con los demás, lo está consigo mismo y con Dios. (La Luzerne. Ejem. de los Evang. Domingo de Pentecostés).

esta razon, repito nunca debemos turbarnos en nuestras pruebas, ni temer nunca nada, como no sea ofender á Dios¹.

1. *Non turbetur cor vestrum, neque formidet.* En animi fortitudo, fiducia, patientia, serenitas animi, in quibusvis rebus adversis firmiter retinenda. — 1^o Servanda est animi tranquillitas ac serenitas, quia hæc Domino factissima est: *Non enim in commotione Dominus.* III. Reg. xix, 41. *Gratus est in pace locus ejus.* Ps. lxxv. — 2^o *Etsi omnia reliqua in nobis et circa nos concuterentur, nihil est cur turbetur cor nostrum* quia Dominus nobiscum est: *vadit enim, et venit ad nos, scilicet vadit ad Patrem, quoad presentiam visibilem; venit ad nos, et nobiscum atque in nobis manet per presentiam invisibilem. Quidquid ergo accidat mihi, et si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Ps. xxii (Schauppe, *Evang. illustr. in festo Pentec.*). — ¿ *Quien es capaz de separarnos de la caridad de Jesus Cristo?* ¿ *La afliccion ó la angustia?* ¿ *La desnudez ó el hambre?* ¿ *La persecucion ó el hacha?* Pero nosotros vencemos todas estas cosas á causa de Aquel que nos ha amado. Rom. vii, 35-37. Asi, que el mundo se extremezca, que encienda por toda la tierra el fuego de sus persecuciones, la generosidad cristiana domará su impotente rabia, y comprendo facilmente la gloria de una victoria tan gloriosa con una excelente doctrina que el apostol San Juan nos enseña: *que él que habita en nosotros es mas grande que él que está en el mundo;* I. Joan. iv. 4. Comprended aqui, cristianos, que él que está en nosotros es el Espíritu Santo que Dios ha derramado en nuestros corazones; y ¿ *quien no sabe que este Espíritu todopoderoso es infinitamente mas grande que todo el mundo?* Por consiguiente, cuantas cosas emprenda, cuantos tormentos prepare, no harán que el mas fuerte ceda al mas débil. El cristiano generoso lo vencerá todo, porque está lleno de su Espíritu que está infinitamente por en cima del mundo (Bossuet, *Serm. para el día de Pentecostés*). — *Non turbetur cor vestrum, neque formidet.* 1^o Hay turbaciones saludables para un pecador, las cuales frecuentemente dan principio á su conversion, que no deben contrariarse. David habla á menudo de aquellas favorables turbaciones que sentia con ocasion de su pecado: *Conturbatur est cor meum, conturbatus sum, humiliatus sum et conturbatus.* Nada mas formidable ni funesto que la tranquilidad de que goza un alma endurecida en el pecado... 2^o Hay turbaciones perniciosas ó infundadas que el justo debe

III. *Como observaron los apóstoles esta prohibicion de no temer nada.* — Al principio la olvidaron totalmente. Pocas horas despues de haberles sido hecha, cuando los soldados enviados por los jefes de la sinagoga para apoderarse de Jesu Cristo llegaron al huerto de las Olivas, los apóstoles se atemorizaron de tal modo, que al punto abandonaron á su divino Maestro y huyeron cada uno por sulado. Pero notemos precisamente que entonces no habian recibido todavia al Espíritu Santo, y veamos cuán cobardes y temerosos, y de qué poco capaz la pobre naturaleza humana abandonada á sus solas fuerzas.

Sin embargo, llegó el día de Pentecostés, y el Espíritu Santo que habia sido prometido á los apóstoles descendió sobre ellos. Acuérdate entonces de todo lo que el Salvador les habia dicho, y particularmente, como puede creerse, de la prohibicion que les habia hecho de turbase y temer en presencia de los males, de las contradicciones y de los sufrimientos de esta vida. Pues lo que vemos que, efectivamente, brilla en ellos asi que reciben al Espíritu Santo, es una incomparable intrepidez. Ya no son los mismos hombres. Antes se mantenian encerrados en el cenáculo, temiendo que los Judios, que habian crucificado á su divino Maestro, les pudiesen hacer objeto de su mala voluntad¹. Pero inmediatamente despues,

desterrar de su corazon, y de estas turbaciones. Nuestro Señor habla aqui á sus apóstoles, *non turbetur cor vestrum neque formidet*: se turbaban, se inquietaban, porque Nuestro Señor iba á dejarlos, *quia hæc dixi vobis tristitia emplevit cor vestrum*; pero intempestivamente y sin fundamento, porque les convenia que los dejase, *expedit vobis ut ego vadam*; y era tambien lo mas conveniente para Jesuchristo mismo, *si diligeritis me, gauderitis utique quia vado ad Patrem.* De modo que los justos no deben turbar se por las ausencias de Nuestro Señor, que experimentan por el estado de avidez, de sequedad y de abandono sensible en que Dios los deja algunas veces, ni por los temores y escrúpulos que puedan tener sobre su conciencia y su salvacion. (*Plans. nov.* Paris, Gaume, 1848).

1. Joan. xx, 19; Act. ii, 4.

héllos ahí que salen y proclaman, en plena plaza pública, la divinidad de Jesucristo, echando en cara á los Judíos el horrible crimen de que se habian hecho culpables¹.

Pero comprendamos cristianos, á que peligros se exponian los apóstoles, al obrar así. El odio de los Judíos contrar Jesucristo habia sido efectivamente tan atroz que no habian retrocedido ante el horroroso crimen de crucificarlo, ni siquiera ante el temor de un levantamiento del pueblo en favor de su victima, que la santidad de su vida, sus milagros y sus beneficios hacian querida y sagrada á tantas personas². Ahora le creian muerto, y pensaban haber sepultado para siempre su nombre en las tumba de Jose de Arimatea. ¡Qué acogida habia de dispensar, por consiguiente, á los apóstoles, que venian en plena Jerusalem á predicar aquel nombre aborrecido! Pues si nada les habia impedido crucificar á su Maestro? cómo no habian de maltratarlos y hacerlos morir á su vez á ellos, no estando protegidos ni por una resplandeciente santidad de vida, ni por milagros divinos, ni por beneficios derramados á manos llenas en todas las clases de la sociedad. Los apóstoles comprendian tan perfectamente esta situacion, que desde el principio, como lo recordaba hace un momento, se habian mantenido cuidadosamente encerrados en el cenáculo, no atreviéndose, no ya á predicar el nombre de Jesus, pero ni siquiera á presentarse en público.

Pues bien, lo repito, desde que recibieron el Espíritu Santo, acordándose de la recomendacion que Jesucristo les habia hecho de no turbarse ni temer nada, por mas que pudiese sucederles, se les vió en adelante cumplir sus deberes sin dejarse intimidar por ninguna amenaza, ó detener por ningun mal tratamiento. Conducidos por primera vez delante de los jueces de su pais y obligados á no enseñar nada en nombre de Jesucristo³, contestan atrevidamente que no lo harán, que vale mas obedecer á Dios que á los hombres, y que no pueden dejar de ha-

1. Act. II, 4, 23, 36. — 2. Marc. XIV, 2. — 3. Act. IV, 18.

blar de lo que han visto y oído⁴. ¡Que intrepidez, cristianos, en estas nobles palabras! Pero los cristianos debian arrostrar algo mas que amenazas. Como continuaron predicando á Jesucristo, segun habian declarado que lo harian, fueron nuevamente detenidos y presos, y esta vez no se les puso en libertad sino despues de haber mandado que los azotasen, reiterándoles la prohibicion de hablar en nombre de Jesucristo⁵. Pero no hicieron mas caso de esta segunda prohibicion que de la primera. *Salieron de la asamblea*, nos dice el historiador sagrado, *llenos de alegría por haber sido considerados dignos de recibir ultrajes por el nombre de Jesus y todos los dias sin interrupcion, enseñaban y predicaban á Jesucristo en el templo y en las casas*⁶. Pero muy pronto su admirable intrepidez atrae sobre ellos una guerra sin tregua. Se les ojea como á animales salvajes, son reducidos á ocultarse, á ir de un lugar á otro, á habitar en las cavernas, á no tener á menudo con que vestirse ni que comer. San Pablo, hablando de lo que habia tenido que sufrir por propia cuenta dice que ha sido muchas veces preso, que ha sido escoriamente castigado, y que se ha visto en muchas ocasiones á dos dedos de la muerte⁷. *Cinco veces añade, he recibido de los Judíos treinta y nueve latigazos; tres veces me han pegado con varas, y una vez he sido apedreado*⁸. Y lo que san Pablo ha sufrido, han tenido que sufrirlo todos, y otras muchas cosas tambien. Finalmente no retrocedieron delante de la muerte misma, que, todos sufrieron en medio de los mas horribles suplicios. Solo san Juan murió naturalmente, no obstante haberle echado en una caldera de aceite hirviendo, de la que salió vivo por milagro.

Así es, cristianos, como los apóstoles observaron la recomendacion de su divino Maestro de no temer nada, cuando se trata del cumplimiento del deber. Así hicieron los primeros fieles por ellos convertidos, y en la continuacion de los siglos, innumerables cristianos⁹. Veamos ahora.

1. Act. IV, 19 et 20. — 2. Act. V, 40. — 3. Act. V, 41 et 42. — 4. II. Cor. XI, 2. — 5. II. Cor. XI, 24 et 25.

6. En verdad, cristianos, que es una resolucion estraña la de predicar

IV. *Cómo no debemos tampoco temer nada cuando se trata del servicio de Dios.* — La recomendación hecha por el Salvador de no

el nombre de Jesús en la ciudad de Jerusalem. No hacia mas que cincuenta dias que todo el pueblo gritaba contra él: *Que se lo lleven, que se lo lleven, que lo crucifiquen!* Joan. xix, 15. Este odio cruel y envenenado vivía aun en el corazon de los pueblos: con solo pronunciar su nombre, se ofendian todos los oyentes: alabarle, era una blasfemia; pero publicar al Mesías, predicar su resurreccion, ¿no era llevar los espíritus al último furor? Pues nada de eso detiene á los apóstoles. Si, nosotros os predicamos, decian, *que toda la casa de Israel lo sepa, que el Dios de nuestros padres ha resucitado y ha mandado sentar á su diestra á aquel Jesus que vosotros crucificasteis.* Act. II, 36. I Porque habian creído escusarse de la muerte de este Inocente, entregándolo en manos de Pilatos, no les disimula que esta excusa aumenta su falta: *Porque Pilatos, dicen ha querido salvarle, y vosotros lo habeis perdido.* Act. III, 13. I mirad cómo exageran su crimen. *Habeis renegado del santo y del Justo, habeis pedido el perdón de un ladrón y asesino, y habeis hecho morir al autor de la vida.* ¿Hay nada mas vehementemente para confundir su ingratitude, que ponerles de manifiesto todo el horror de esta injusticia, haber conservado la vida al que la quitaba á los demás, y juntamente privar de ella al que la daba con su gracia? ¡mientras que decian estas cosas, ¿á cuantos hombres fritosados veian, cuya rabia se estremecia contra ellos! Pero aquellas grandes almas nos se asombraban, porque era una de las máximas del espíritu que los poseía, no temer desagradar á los hombres. — Pasemos ahora mas adelante, y veámosles vencer las amenazas de aquellos cuyo odio han despreciado. Los cogen, los encarcelan, los azotan inhumanamente; les mandan, hájase grandes penas, no predicar mas en aquel nombre, *in nomine hoc.* Act. IV, 17; porque, señores, así es como hablan; en aquel nombre odiado del mundo, y que temen pronunciar: hasta tal punto lo execran. ¿Qué responden á esto los apóstoles? Una palabra completamente generosa: *Non possumus,* Act. IV, 20; no podemos. No podemos callarnos sobre las cosas de que somos testigos oculares. I notad aqui, cristianos, que no dicen: No queremos; pues parecería dar esperanza de que pudiese cambiar su resolucion: pero por temor de que esperen de ellos algo indigno de su ministerio, dicen á una voz: *No intenteis lo imposible:*

temer nada cuando se trata del servicio de Dios y del cumplimiento de su deber, no tiene limite: *que vuestro corazon no se turbe, que*

Non possumus: no podemos. Esto confunde á sus inicuos jueces. — Aqui es donde estos inocentes forman causa á sus propios jueces, donde asustan á aquellos que les amenazan, y abaten á los que les golpean; pues escuchad á aquellos jueces inicuos, y ved cómo hablan entre si en sus criminales asambleas. *¿Quid faciemus, hominibus istis?* Act. IV, 16. ¿Qué haremos á estos hombres? ¿No veis que tiran sus bienes y están dispuestos á dar sus almas? No los ganan las promesas, no los turban las injurias, los alientan las amenazas, los regocijan los suplicios: *¿Quid faciemus?* ¿Qué les haremos? ¡O Iglesia de Jesucristo ya! no me enesta trabajo comprender que los tuyos, predicando, sufriendo, muriendo, cubrirán de vergüenza á los tiranos, y que algun dia tu paciencia obligará al mundo á cambiar las leyes que te condenaban; puesto que veo que, desde tu nacimiento, confundes ya á todos los magistrados y á todos los poderes de Jerusalem con la sola firmeza de estas palabras: *Non possumus!* No podemos. — Pero, santos discípulos de Jesucristo, ¿cual es esta nueva impotencia? Temblabais en estos últimos dias, el mas atrevido de vosotros negó cobardemente á su maestro, y ahora decís: No podemos. Consiste esto en que las cosas han cambiado: un fuego celeste ha descendido sobre nosotros, una ley ha sido escrita en nuestros corazones, un espíritu todo poderoso nos impulsa: encantados por sus infinitos atractivos, nos hemos impuesto nosotros mismos una dichosísima necesidad de amar á Jesucristo mas que á nuestra vida; por esto no podemos obedecer al mundo: podemos sufrir, podemos morir; pero no podemos hacer traicion al Evangelio, y disimular lo que sabemos: *Non possumus ea que vidimus et audivimus non loqui.* Act. IV, 20. No podemos dejar de hablar de las cosas que hemos visto y oído. — Hé ahí, señores, cómo eran nuestros padres: tal es el espíritu del cristianismo, espíritu de firmeza y de resiliencia, que está por encima de los halagos del mundo, de su mas vivo odio, y de sus mas terribles amenazas: con este espíritu generoso se fundó la Iglesia: de él se ha alimentado; no estinguído, cristianos: *Spiritum nolite extinguere.* Cuando se procura separarnos del camino recto de la salvacion, cuando el mundo quiere corrompernos con sus peligrosos favores, y con el veneno de su complacencia, ¿porqué no nos atreve-

no tema, ha dicho el Salvador, sin restriccion ninguna. Y sin reserva, sin limite, sin restriccion, segun acabamos de verlo, la obser-

mos á insistir? Si nos enorgullecemos de ser cristianos, ¿porqué tememos disgustar á los hombres? ¿y porqué no decimos, con los apóstoles, este generoso: « No podemos » Pero el uso de esta palabra no se encuentra ya entre nosotros. No hay nada que no podamos para satisfacer nuestra ambicion y nuestras pasiones desarregladas. Basta con hacer traicion á nuestra conciencia, abandonar á nuestros amigos, y violar los mas santos deberes que la religion nos impone: *Possumus*: podemos: nosotros podemos todo para nuestra fortuna, podemos todo para en grandecernos; pero si es preciso servir á Jesucristo, si tenemos que decidrnos á separarnos de aquellos objetos que nos agradan, si es necesario desprendernos de esos afectos y romper esos tan dulces lazos, entonces principiamos á no poder nada: *Non possumus*: no podemos. ¿ De qué sirve, pues, decir hoy á la mayor parte de sus oyentes: No estinguid el espiritu de la gracia? Está estinguido, ya no lo hay: aquel espiritu de firmeza cristiana no se encuentra ya en el mundo: por esto los vicios no son reprendidos: triunfan, todo los aplaude: y de aquel gran fuego del cristianismo que en otros tiempos abrazó todo el mundo, apenas quedan algunas chispas: procuremos, pues, encender de nuevo en nosotros mismos esas chispas medio estinguidas y sepultadas bajo las cenizas (Bossuet, *Serm. para el día de Pentecostés*). — Estos grandes pensamientos (que el Espiritu Santo, que está en nosotros tiene mas poder que todo cuanto hay en el mundo, I. Joan. iv, 4) son los que han sostenido á la Iglesia tan largo tiempo: ella veía todo el imperio conjurado en contra suya; leía en todos los postes y en todas las plazas públicas las sentencias espantosas que se pronunciaban contra sus hijos; sin embargo no estaba amedrentada; pero sintiendo el Espiritu de que estaba llena, sabía mantener bien aquella libertad gloriosa de profesar el cristianismo, y aunque las leyes se la negasen, se la otorgaba con su sangre, pues era un crimen en ellas adquirirla por otro camino, y el único medio que proponia era morir constantemente. Por esto se admira Tertuliano de que hubiese cristianos bastante cobardes para rescatarse por dinero de las persecuciones que les amenazaban, y vais á oír sentimientos dignos verdaderamente de la antigua-Iglesia y del es-

varon los apóstoles. De la misma manera, por consiguiente debemos observarla nosotros, tambien sin reserva y sin limites, segun las circunstancias en que nos encontremos. Es decir, que nuestra firmeza en servir á Dios y cumplir nuestros deberes, debe no hacernos retroceder ni ante el sacrificio de nuestros comodidades, ni ante el sacrificio de nuestro bien estar, ni ante el sacrificio de nuestro credito y de nuestra consideracion, ni aun ante el sacrificio de nuestra vida, si nos viesemos en el caso de tener que perderla antes que hacer traicion á nuestra conciencia. Si, hé ahí hasta donde debe ir tambien nuestra intrepidez en servir á Dios. Y he ahí precisamente hasta donde la llevaban ayer todavía millares de cristianos poloneses, que tenian que elegir entre su fé y la perdida de sus bienes, entre su fé y los mas atroces tratamientos, entre su fé y el destierro ó la muerte, y que preferian á la traicion de su fé la pérdida de sus bienes, los mas atroces tratamientos, el destierro y la muerte. Y hé ahí tambien, hasta donde llevan su firmeza en la fé y su fidelidad al deber, en el momento en que os hablo, otras multitudes de cristianos, en China y en el extremo Oriente, que prefieren sufrirlo todo y perderlo, antes que ofender á Dios y hacer traicion á su religion.

píritu del cristianismo. *Christianus pecunia salvus est; et in hoc numero habet ne patiat, dum abvenit Deum erit dives*. O vergüenza de la Iglesia, esclama aquel grande hombre, un cristiano salvado por dinero, un cristiano rico por no sufrir! ¿ Ha olvidado, dice, que Jesus se mostró rico para él, por la efusion de su sangre? *At enim Christus sanguine fuit dives pro illo*. Parécenos oír que le dicen: Tú, que le has querido salvar por tu oro, dime, cristiano, ¿ donde estaba tu sangre? ¿ no te quedaba ya ninguna en tus venas cuando has ido á registrar en tus cofres para encontrar en ellos el vergonzoso precio de tu libertad? Sabe que siendo rescatados por la sangre, siendo libertados por la sangre, no debemos ningun dinero por nuestras vidas ni por nuestras libertades: y nuestra sangre debe guardarnos la que la sangre de Jesucristo nos ha merecido: *Sanguine empti sanguine numerati, nullum minimum pro capite debemus*. Tertuliano, de fug. in persecut. n. 12. (Bossuet, loc. cit.).

En cuanto á nosotros, no tenemos que optar actualmente entre nuestra fé y la muerte. Pero podemos tener que optar á menudo entre nuestra fé y los favores del mundo, entre nuestra fé y nuestros amigos, entre nuestra fé y una posicion ventajosa adquiridas ó por adquirir, entre nuestra fé y algunos intereses materiales sumamente apreciables. Me explicaré. Puede suceder muy bien que un cristiano tenga que optar entre su fé y una sociedad que frecuenta y de la que esta fé está desterrada: entre su fé y algunos amigos que le divierten y se niegan á verle si continua practicando su religion. Puede ocurrir que un funcionario tenga que optar entre la práctica de su religion y el puesto que ocupa, del que sería echado si continuase llevando publicamente una vida cristiana. No sería extraño que un padre de familia tuviese que optar entre su fé y graves intereses pecuniarios, si tiene hijos en edad de ir á la escuela; porque si los envía á las escuelas condenadas por la Iglesia, viola su fé; y si los manda á otras escuelas, será realizando gastos relativamente insoportables.

Pues bien; á los unos y á los otros, como á todos los cristianos en general, digo con el Salvador: *Que vuestro corazon no se turbe, que no tiemble.* Por mas que os cueste cumplid vuestro deber. Marchad sobre las huellas de los apóstoles y las de los buenos cristianos de todos los tiempos y paises. Los unos y los otros han sido y son hombres como vosotros, débiles tambien como vosotros por naturaleza; sed como ellos, hombres, por la voluntad, por la intrépidez; sed, como ellos, fuertes, por la gracia que no falta nunca á los que la piden á Dios de todo corazon. *Que vuestro corazon no se turbe, que no tema.* Dios no abandona á los que depositan en él su confianza: les hace marchar algunas veces por caminos bien rudos, y permite que tengan que sostener penosos combates; pero no caerá un cabello de su cabeza si á él no le place, y la recompensa que les tiene preparada para el día de las retribuciones convertirá en infinitamente dulces sus pasadas penas. *Que vuestro corazon no se turbe, que no tema.* Todavía no hemos resistido, como los apóstoles y tantos otros, hasta derramar nuestra sangre.

Pero si nos vieseamos obligados á elegir entre nuestra fé y la muerte, deberíamos, sin vacilar, cumplir nuestro deber, aun al precio de la vida; porque en este caso, dar su vida, es salvarla, y sustraerla á la muerte eterna!

1. Páreceme oír aquí estas reclamaciones tan comunes: ¿Se pretenderá llevarnos al fervor de los antiguos tiempos? Diez y ocho siglos transecurridos lo han cambiado todo en el universo, y las costumbres de nuestros padres no podrian ya convenirnos. Nos convendrian, hermanos míos, á lo menos en cuanto á los principios y las virtudes, si nuestra fé fuese tan pura, tan sincera, tan viva como era la de los primeros fieles. Dadme cristianos igualmente penetrados de las grandes verdades de la religion y os mostraré las mismas virtudes. I en efecto, ¿qué obstáculo podria deteneros? ¿Acaso el cambio de las ideas, la depravacion de las costumbres, la fuerza de los hábitos, la oposicion declarada del mundo al Evangelio de Jesucristo? Escoged entre estas dificultades; no hay ninguna que no fuese tan real y mas insuperable quizas, para los primeros cristianos que para nosotros. — Las ideas han cambiado. ¡Ay! lo sabemos, hermanos míos; pero, ante el tribunal de Dios, ¿será este cambio una escusa? Pero vosotros ¿habeis cambiado de religion? El Evangelio que reconocéis como ley primera, y soberana, ¿no es hoy lo que era ayer? ¿no será el mismo en todos los siglos? Para nosotros, pues, como para los primeros cristianos, escribe: *El que no renuncia á todo, no puede ser mi discípulo.* Luc. xiv, 26. *Ninguno puede servir á dos Señores: vosotros no podéis servir á la vez, á Dios y al dinero.* Matth. vi, 24: Luc. xvi, 13. *Si alguno quiere estar conmigo, que renuncie á sí mismo, que tome su cruz y me siga.* Matth. xvi, 24. Leed, volved á leer ese libro divino conforme al cual seréis juzgados: no encontrareis en él una sola palabra que justifique la inconcebible distincion de antiguos cristianos y de nuevos; y es preciso resolernos á marchar por el camino de nuestros padres, ó hacer pedazos el Evangelio y renunciar á nuestra salvacion. — Las ideas han cambiado! Pero nosotros, ministros de Jesucristo, debemos tambien cambiar de lenguaje, y romper las tablas sagradas en medio de las blasfemias y escesos de un pueblo infiel? Ah! sobretudo en esos dias de extravío y de iniquidad, debemos venir, con el Evangelio en la mano, á protestar altamente contra la alteracion de todas las reglas

Conclusion. — Cristianos, no debemos tener temor en este mundo mas que para Dios solo y para aquello que lo ofende. En cuanto

y el olvido de todas las leyes; á suscitar á nuestros padres virtuosos, contra sus hijos degenerados, y á llamarlos al espíritu del cristianismo, mostrándolo á vuestros ojos tal como apareció al salir de las manos de Dios, antes que el mundo, tan hábil en corromperlo todo, hubiese emprendido desfigurarle. — Las costumbres, dicen, no son ya lo que eran otras veces: hemos visto desaparecer la rectitud y la sencillez de nuestros padres: ya no es tiempo de hablar de perfeccion cuando debe uno considerarse dichoso con solo escapar al contagio de todos los vicios. No disputaré á este siglo desgraciado el triste privilegio de haber borrado las edades precedentes con el exceso de la perversidad. ¿ Pero qué? ¿ en tiempo de los primeros cristianos, nacia los hombres virtuosos, ó vivian sin pasiones? ¿ No tenia la ambicion su imperio, la voluptuosidad sus encantos, las riquezas sus atractivos? ¿ Eran los cuerpos mas fuertes contra los rigores de la penitencia, mas insensibles bajo el hacha de sus verdugos? Estaban, como nosotros, rodeados de enfermedades, sujetos á las mismas inclinaciones, espuestos á idénticas debilidades; pero eran mas animosos para combatirlos no temian, como nosotros, hacer demasiado en honor de Dios, y consagrarse harto generosamente á él. Tenian la noble ambicion de ser santos, sabian llegar á serlo, y nosotros ni siquiera á quererlo nos atrevemos. — Las costumbres han cambiado, decís: pero ¿ acaso el siglo de los Tiberios y Neronas era muy favorable para la virtud? Niaguna época quizás conviene observarlo, ofrece una semejanza mayor con aquella que vió nacer al cristianismo, que la época en que vivimos. Tambien se fundó entonces una doctrina que arrebataba á Dios su existencia, al mundo su autor, al hombre su alma, su eternidad, sus virtudes, y con la indiferencia por toda religion, por toda moral, acaba, dicen los autores paganos, por acarrear la ruina del imperio. Entonces los excesos del lujo, llevados al colmo, irritaban todas las pasiones. Las fortunas eran devoradas, la probidad desterrada del comercio, el interés personal, los cálculos infames de la usura eran las unicas reglas que se dignaban consultar. Entonces tambien la honestidad pública era al alimento ultrajada, las costumbres corrompidas en su fuente; y si creemos en la historia, los sagrados lazos del matrimonio, convertidos en juguete de la incons-

á todo lo demás, no debemos temerlo, ora se trate de cualquiera privacion, ora de cualquier sufrimiento, ó ya de la muerte misma.

tancia de las pasiones, no eran mas que un estímulo para nuevos divorcios. Sin embargo, en el seno de esta corrupcion se formaron aquellas almas puras y casi divinas que son hoy el objeto de nuestros homenajes. — Y que no se diga que los primeros cristianos eran hombres escogidos, que por bondad de su naturaleza á por los cuidados de la educacion estuviesen preparados para tantas virtudes; la filosofia necesitaba de estas preparaciones, pero la religion no las esperaba. La filosofia perfecciona alguna vez. La religion solo sabe crear. Eran de todos los caracteres, de todas las condiciones, desde los primeros oficiales del palacio y los mismos hermanos de los césares, desde los senadores y los cónsules hasta el esclavo de Filemon, eran de todos los paises: el griego filósofo y el celta bárbaro, el supersticioso Egipcio y el prudente Romano, el voluptuoso Asiático, el helicoso Germano, el salvaje Celta, habian seguido, desde los primeros siglos, la senda de Jesucristo. Desde entonces, la trompeta evangélica se hizo oír en todos los lugares que el sol alumbra desde el centro abrasador del Africa hasta las heladas orillas del Norte: y todas esas Iglesias eran establecidas sobre la misma forma, regidas por las mismas leyes, admirables por las mismas virtudes. Cuando presentamos esos ejemplos á los cristianos de nuestros dias, acostumbra á oponernos sus hábitos; como si nuestros hábiles no fuesen nuestra obra, y, por consiguiente, un crimen mas: como si estuviésemos dispensados de nuestros deberes por haber contraido el hábito de desconocerlos! Quizás esos hábitos hubiesen sido, para los primeros cristianos, una escusa tolerable, mientras que para nosotros non son mas que un nuevo título de condenacion. — En efecto: ¿ no habeis nacido en el seno del cristianismo? La religion cubrió, por decirlo así, vuestra cuna con sus alas y dirigió vuestros primeros pensamientos. Recordad los cuidados tan tiernos de un padre cristiano, de una madre virtuosa. Admitidos á la participacion de los santos misterios, no habeis olvidado indudablemente las gracias que Dios os prodigó en aquellos dias que llamais con tanta exactitud los mas felices de vuestra vida. Toda vuestra educacion no fué otra cosa que el estudio de la moral mas sublime y pura, y el aprendizaje de todas las virtudes. Oh cielos! ¿ que será de nosotros

Y no debemos temer nada principalmente porque con la ayuda del Espíritu Santo, que nos es dada en este día, podemos tener la

cuando Dios nos examine en su justicia con los cristianos nacidos en la noche más profunda, llevados desde su nacimiento á los altares de sus infames dioses, y desde entonces profanados con todas las ceremonias del culto de los demonios? La pompa de espectáculos corruptores, la licencia de aquellos cantos en que solo se celebraban aventuras escandalosas, todos los crímenes consagrados con el imponente ejemplo de sus dioses: tal fué la educación de su infancia y la religión de toda su vida hasta su conversión. Veían que la voluptuosidad embellecía sus fiestas, que la opulencia enriquecía sus templos: á los señores del mundo prosternados delante de la figura de Jupiter, y á la filosofía temblando á la voz de una pitonisa ó de un adivino. Si algunos fueron bastante sensatos para rechazar esta ridícula creencia, caían en los lazos de una filosofía más peligrosa por las dudas que inspiraba, y sobre todo por este amor de sí mismo, la más funesta detoda la idolatría y la más difícil de curar. ¿Que preparación para el camino evangélico! Hé aquí lo que hubieran podido responder: Es harto tarde: nuestros hábitos están formados: no podemos romper nuestras cadenas! Y sin embargo, no lo han dicho, hermanos míos: y han llevado la vida de los ángeles en cuerpos mortales: han admirado al mundo con milagros de humildad, de paciencia y de austeridad! De este modo han confundido de antemano nuestras vanas excusas y condenado nuestra cobardía. — Queda no obstante una dificultad contra la cual tal vez se frustre la autoridad de estos ejemplos: esta es el temor del mundo. Sabed, cristianos, que la fé cuyo sagrado signo llevais, ha vencido también al mundo: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.* | Joan. v. 4. Sabed que por más temible que parezca, solo es ya un enemigo abatido, desarmado, si se recuerda lo que fué para los primeros cristianos. Los cristianos eran entonces rebeldes á los ojos de los poderes; insensatos á los de los filósofos; impíos, á los del pueblo, y además culpables de todas las plagas de la naturaleza y de todos los desastres del imperio. Entonces los cristianos, despreciados por los sabios, ridiculizados en los teatros, aborrecidos por la multitud, no eran ya, dice San Pablo, I. Cor. iv, 13, más que el oprobio y las inmundicias de la sociedad.; Oh sabiduría!; Oh poder admirable de nuestro

certeza de vencerlo todo. En efecto, con la asistencia del Espíritu Santo, que habían recibido el día de Pentecostés, los apóstoles, an-

Dios! Desde el fondo de este abismo de humillación, la Cruz se ha elevado hasta la frente de los cesares y las banderas romanas. Bastaba ser cristiano para ser considerado como enemigo de la humanidad.; Como! aquellos hombres tan ilustrados en su doctrina, tan regulares en sus costumbres, aquellos hombres tan prudentes, tan resignados, tan pacíficos!; Cómo! aquellas valientes regiones que regaban los cadalsos con su sangre, cuando hubieran podido derribarlos por su número; aquellos pueblos á los que degollaban por millares, y que podían con solo retirarse, hacer del imperio un desierto? Tertul. *Apolog.* cap. 37. — Si, estos mismos encontraban enemigos por todas partes. En los brazos de la amistad, en el seno de sus propias familias, los servidores, un amigo, un hermano, una esposa, se convertían en acusadores y creían, al entregarlos servir á los dioses y á la patria.; Ah! guardémonos de compadecerlos; se glorificaban bajo el oprobio con que se trataba de cubrirlos. *Si yo agradase á los hombres*, exclamaba San Pablo, *no sería servidor de Jesucristo.* Gal. i, 10. Lejos de mí la amistad del mundo, dice Santiago; ella es enemiga de Dios: *Amicitia hujus mundi, inimica est Dei.* Jac. iv, 4. El mundo, vencido en sus desprecios, se ha armado de todo su poder para atacarlos con los tormentos. A penas el edicto de persecución era firmado, cuando los calabozos, del crimen se abrían para tragar á la inocencia y á la piedad. Allí el soldado de Jesucristo, desgarrado por los latigazos, quemado por las cuchillas enrojecidas, descansaba sus ensangrentados miembros sobre agudas piedras ó dilacerante avena. Pero la tierna solicitud de sus hermanos velaba á las puertas de las prisiones y sabía hacerselas abrir. —; Que veo? Aquellas tumbas de los vivos se convierten en templos donde resuenan día y noche los cánticos sagrados, el honor del Dios que triunfaba en sus santos. La multitud ferviente de los fieles rodea respetuosamente á aquel cuyas cadenas envidian, y á falta de altares es ofrecido el sacrificio en las manos de los diaconos, ó en el pecho de los sacerdotes, consagrado por sus honrosas heridas. Entonces desafían con seguridad tanto á la tierra como á los infernos; todo ha concluido: los suplicios más terribles, aquellas cruces, aquellas ruedas, aquellos leones devoradores, aquellas hogueras encendidas no tie-

tes tímidos y cobardes, despreciaron todo temor, y conquistaron, á través de innumerables combates, la corona celestial. Todos los Santos que nos han precedido han mostrado la misma intrepidez. Tócanos á nosotros ahora seguir sus huellas, y mirar con desprecio todo temor. Si alguna vez Nuestro Señor, se separa, al parecer, de nosotros, y nos abandona á nosotros mismos, no es mas que temporalmente, porque el mismo lo ha dicho: *Me voy y vuelvo* ¹.

nen ya nada que les alarme; marchan á ellas cómo á festines deliciosos, causan el rigor de sus jueces y la crueldad de sus verdugos. Después de tres siglos de combates, quedan victoriosos de todo el mundo, no ya oponiendo, como los filósofos, el orgullo al orgullo, y á los desprecios de sus enemigos, un desprecio mas soberbio aun, sino sufriendo en paz, sin murmurar y sin aborrecer. ¡ Honor á esta religion verdaderamente divina! Se vió al gran obispo de Cartago, San Cipriano, dar veinte y cinco piezas de oro al verdugo que le quitó la vida. Otro vendió su hacienda para repartir el precio entre su acusador y los pobres. Algunos daban sus vestidos, única fortuna que les quedaba: todos morían como su divino Maestro, rogando por sus perseguidores. — Es, por consiguiente, cierto, que han tenido los mismos obstáculos que nosotros, y el único que nos es privativo, es el desfallecimiento de la fé. (Legris-Duval, serm. para la fiesta de Pentecostés).

1. *Me voy y volveré á vosotros*. Se alejó de ellos por la muerte, y á ellos volvió por la resurrección: ó mas bien, dice San Agustin, tr. 78. in Joan., se iba como hombre y permanecía como Dios. ¿ Porqué, pues, turbarse y asustarse cuando se alejaba de su vista, siendo así que no se alejaba de su corazón? El hombre se alejaba de aquellos de quienes Dios no se alejaba, porque Jesucristo es lo uno y lo otro juntamente. He ahí lo que debe impedir que nos turbemos en las tentaciones, que algunas veces son tan grandes, que parece que el Señor nos ha entregado á nuestra propia debilidad; entonces es necesario esperar que si se ha alejado de nosotros, ó para probarnos, ó para castigar nos por alguna leve falta, *vendrá seguramente, y no tardará*. Habac. II, 3. *Vado et venio ad vos*. Joan. XIV, 28.; entonces es preciso *sufrir los retrasos de Dios, permaneciendo unidos á él, y no cansándonos de esperar, á fin de encontrar un crecimiento de virtud al término de nuestra vida*. Ecl. II, 3. No es la tentación, sino el consentimiento, quien causa el pecado:

No suframos, pues, á causa de esta ausencia momentánea, que debe convertirse definitivamente en gloria suya y provecho nuestro, con el acrecentamiento de ánimo que nos facilitará ocasion de desplegar ¹. Por otra parte, nos ha advertido el Salvador de esta con-

la mayor parte de las veces solo es fuerte por razon de nuestra debilidad; pero aun cuando fuese de las mas violentas, *que nuestro corazón no se turbe ni se asuste*; en lugar de consentirle cobardemente, resistámos la con valor, y estemos seguros de que el Señor no dejará de venir á libertarnos de ellos. (Montmorel, hom. jueves de Pentecostés).

1. « *Si me amaisis, os alegraréis por que me voy á gozar de una felicidad eterna, y á prepararos un sitio al lugar donde debéis venir después de mí*. » S. Zirilo. *Os alegraréis porque me voy con mi Padre*, pues dice san Agustin, serm. 78, que se debe felicitar á la naturaleza humana en razon á que de tal modo ha estado unida al Verbo eterno, que habiendose hecho inmortal como él, ha sido elevada á los cielos; y porque un polvo incorruptible ha sido colocado á la derecha del Padre. » Tal debe ser el motivo de la sólida alegría de un cristiano; debe alegrarse de todo lo que contribuye á la gloria de Jesucristo. De donde se sigue que si las enfermedades y las aflicciones glorifican á Dios mas que la salud ó la prosperidad, es preciso, como el Apóstol. II Cor. XII, 9, regocijarnos cuando estamos enfermos ó afligidos, preferir este estado á cualquiera otro, y pedir al Señor, no que nos libre de él, antes bien que nos otorgue la gracia de convertirlo en provecho nuestro. (Montmorel, hom. jueves de Pentecostés). — *Si me amaisis os alegraréis porque me voy con mi Padre*. Estas palabras de Jesucristo pueden ser aplicadas á nosotros mismos, y servirnos de consuelo en uno de los mayores pesares de nuestra vida, cuando perdemos á nuestros padres ó á algunos de nuestros amigos, cuyas virtudes nos dan derecho á esperar que hayan tomado posesion de la recompensa del cielo. Que lenitivo mas poderoso para nuestro dolor que pensar que están ahora gozando de felicidad completa; que de esta desgraciada vida, sujeta á tantos contratiempos, penas y calamidades, han pasado á otra imper turbable y eternamente dichosa; que no han muerto para nosotros, y que en el seno de la gloria continúan amándonos y de nosotros ocupándose; que en lugar de amigos que hemos perdido en la tierra, hemos adquirido intercesores en el cielo! Lo que aqui dice el Salva,

ducta que debe observar respecto de nosotros antes de que la cosa llegue, para que creamos cuando haya llegado¹. Son casi las últimas palabras que pronunció antes de ir á la muerte, porque el príncipe de este mundo estaba á punto de venir, aunque no tuviese ningun derecho sobre el Salvador². Que nos sean, pues, tanto mas

dor, lo repetían los mártires, camino del suplicio, á aquellos que les demostraban su adhesión por medio de lágrimas. Si nos amáseis, en lugar de compadecernos, nos felicitaríais; en lugar de llorar por nosotros, os alegraríais de nuestra suerte. Al ver vuestras torturas, pensad en la felicidad inmensa que van á procurarnos, y en que desde las manos de los verdugos que van á atormentarnos, volaremos á los brazos de Dios, abiertos para recibirnos. No; sola la religion puede dar á semejantes penas verdaderos consuelos, porque solo ella puede poner el resarcimiento, mas allá de la desgracia. La razon no puede dar á la aflicción otro alivio mas que la irreparabilidad de lo perdido, mas propia para irritar el dolor que para mitigarle. Facilmente se concibe que esten inconsolables aquellos que no viendo nada mas allá de la vida presente, creen que los objetos de su amor han caído en la nada, y están eternamente perdidos para ellos. Sostenido en su aflicción por la fé, reanimado por la esperanza, el cristiano contempla á los que amó, á quienes ama todavia, en posesion de la felicidad que les han merecido sus virtudes. Se une á ellos por medio de sus votos, por medio de esta comunión preciosa que existe entre los Santos del Cielo y los de la tierra, mientras que á ellos se reúnen enteramente en la celestial morada. (La Luzerne, *Explic. del Evang. Dim. de la Pent.*)

1. *Ut cum factum fuerit, credatis.* 1.° Quocumque Dominus prædixit Apostolis suis, impleta sunt, et etiamnum impleri videmus... Cur ergo tam debili fide credimus? — 2.° *Ut credatis.* Ex vaticinijs Domini que hactenus impleta sunt, credere debemus ea que nondum evenerunt: ea nempe que de morte, de judicio, de æterna mercede unuquique pro operibus retribuenda, nos docuit. Qui has veritates non credunt, vel ita vivunt quasi eas non crederent, illi mox experientia luctuosa coacti credent, sed sero nimis, quum jam a ruina in quam devenerint liberari non poterunt... (SCHOUPE, *Evang. illustr. in festo Pentecostes*).

2. Cur diabolus appellatur princeps hujus mundi? Resp. principem vo-

queridas, y pongámoslas tanto mas en práctica, para que el mun-

cari primo, quia Lucifer demonum supremus ex supremo ordine angelorum fuit. Post hunc etiam alii vocantur ab apostolo, ad Eph. VI, principes et potestates, quia ex ordine qui principatus, et ex illo qui potestates appellatur, ceciderunt, ut eo loco censet Cornelius a Lap. Non enim per lapsum illum perdidērunt naturales suas vires et præcipientias: sed qui natura præstantiores creati sunt, imperant inferioribus... Secundo, quia durante idolatria mediantibus idolis mundo dominabantur, et ab eodem, velut dii colebantur, iuxta id Ps. xcvi. *Omnes dii gentium demonia...* Tertio, quia dominantur adhuc impijs in mortalijs peccati statu constitutis. Ita enim apostolus, II ad Tim. ii, ait: *Resipiscant a diaboli laqueis, a quo captivi tenentur ad ipsas voluntatem.* Tum quia se ab ejus laqueis et servitute nulla sua vi aut virtute, sed sola Dei gratia explicare possunt; tum quia ab eo facile in eadem et alia gravia scelera impelli possunt, destituti speciali Dei auxilio ei gratia, ita ut resistere quinem ei, sed tamen difficulter queant. Horum itaque nomine intelligitur hic mundus, quomodo apostolus dixit: *Principes tenebrarum harum...* Quarto, quia per lapsum Adami factus est princeps seu tyrannus potius omnium hominum, quamdiu in peccato originali degunt. — *Princeps vero hujus mundi* dicitur primo, quia infra cælum in aere saltem in suis satellitibus moratur et vagatur ad nocendum hominibus, bestijs, frugibus, etc... Secundo, quia nonnisi in hoc mundo tyrannidem suam habet, in altero non habebit, sed carnificis tantum instar in damnatos sæviet (FABER, *Op. conc. Dom. Pentec. conc. 9, n. 8*). — Quomodo princeps iste nihil in Christo habuit? Resp. primo, quia nihil in eo habuit, quod suum aut sui juris esset. Solum enim peccatum diaboli est eique jus in hominem tribuit, quo modo factum aut homicidium, v. g. tribuit jus licitori ut possit rem vincere, magistratui ut plectere. Nullum autem in Christo peccatum fuisse, imo nec esse potuisse alibi ostendimus... Secundo, quia nihil habuit, quod in eo tolleret. Sequitur hoc ex priori responso. Ubi enim peccatum invenit mortiferum, ibi animam tollere potest in morte hominis; ubi non invenit, nequaquam potest: Christus ergo, tametsi patiebatur quasi aliquis extreme sceleratus, culpa tamen omni vacabat, atque ideo monuit hac voce discipulos ut in ipso non scandalizarentur, si viderent eum condemnari et crucifigi; siquidem de facto quidem, non tamen

*do conozca que amamos á nuestro Padre, y que hacemos lo que nuestro Padre nos ha mandado*¹. De este modo llegaremos á la gloria y á la felicidad del cielo. Así sea.

de jure passurus esset a diabolo et ministris ejus cruceam ac mortem. Hoc est, quod subdit Dominus: *Seil ut cognoscat mundus, quia diligo Patrem, occurrens tacite objectioni: Cur nimirum passurus esset, si culpa vacaret? Respondet enim mortis et passionis suae causam esse mandatum et dilectionem Patris, qui per mortem Filii mundum sibi reconciliare, adeoque Filii satisfactionem pro reorum debito acceptare decrevit* (Id. *ibid.*, n. 9). *Venit princeps mundi hujus, et in me non habet quidquam*. 1º Diabolus, qui Dominum per vitam tentare, et per pravos homines vexare contendit, nunc morti proximum summo furore aggreditur: quo docemur salutis hostes morientium animabus præcipue insidiari. In extremo namque agone *descendit diabolus habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet*. Apoc. xii, 12. — 2º Beati moribundi, qui per vitæ decursum hostem vincendo exercitati sunt; qui oratione armati, B. Virginis et Sanctorum auxilio circumdati inveniuntur... — 3º Beati, qui cum Domino dicere possunt: *In me non habet quidquam*: -1) non habet quidquam potestatis, quia cor meum, et omnes anime potentie Deo sunt devotæ et unite. -2) Non habet quidquam juris, neque quod reprehendat: quia omnia mea peccata rite expiata sunt, et in divinæ misericordiæ oceanum conjecta. Sic S. Martinus Turonensis, instante morte, viso humani generis hoste: *Quid, inquit, adstas, cruenta bestia? nihil in me, funeste, reperies* (SCHÖPPE, *Evang. illustr.* in festo Pentecostes).

1. *Para que el mundo sepa, pues lo debo este ejemplo, que amo á mi Padre, y que hago todo como el ordena*: el ejemplo que quiero dar no es solo de obediencia, sino de obediencia por amor. Acabo de decir: *Si me amatis, observad mis mandamientos: el que me ama guarda mi palabra*: es preciso primeramente amar, y luego obedecer, pero por amor. Yo hago lo que mando: amo á mi Padre, y obedezco. Me anticipo voluntariamente á ejecutar sus órdenes: Judas conoce el sitio donde acostumbro á rezar, y se sirve de este conocimiento para sorprenderme; pero no me sorprende. Veo sus maquinaciones, y por mas lejos que esté, todas sus palabras llegan á mis oídos. Jean. xvii, 2-4. Cuantas conspiraciones semejantes he desbaratado!; Cuantas veces he es-

capado á los Judíos que querian prenderme! Podria aun parar este golpe, no yendo al huerto donde vienen á prenderme; pero ya es tiempo; ha llegado mi hora, y mi Padre me demuestra que esta vez es preciso que muera. Es la hora de mis enemigos y del poder de las tinieblas: *Levantaos, salgamos de aqui: vamos al encuentro de los que me buscan*. (Bossuet, *Medit. sur l'Evang.* 1, part. 99º jour. — *Sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio*. 1º En Christi obedientia usque ad mortem, mortem autem crucis; propter quam exaltabitur in gloriam Patris.. 2º Beati, qui idem illud verbum, præsertim in rebus arduis usurpare possunt: *Sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio*... 3º En agendi regula vere christiana, quamque verus quilibet Christi discipulus sequi debet: *et sicut mandatum dedit ipsi Pater, sic faciat*... Qui alterius domini mandatum faciunt, nimirum mundi, diaboli, passionis ejuspiam, illi regulam agendi christianam non sequuntur, nec proinde veri discipuli Christi vocari possunt. Utinam regula hæc, et lex *Spiritus Dei vivi in tabulis cordis carnalibus* inscribatur! II. Cor. iii, 3. *Quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos et misericordia*. Gal. vi, 16 (SCHÖPPE, *Evang. illustr.* in festo Pentecostes).